

DESPUÉS DE 'LA BURBUJA DEL LADRILLO'... ¿OTRA TECNOLOGÍA CONSTRUCTIVA?

No era fácil, tampoco ahora, explicar lo que pasaba durante el último lustro en el sector de la edificación en España. La tarea era imposible si se intentaba con colegas de otros países. ¿Cómo lo hacen para construir 800.000 viviendas por año? ¿Casi 20 nuevas viviendas por cada mil habitantes?... ¡No puede ser! ¿Y las construyen artesanalmente?, preguntaban. Pues sí, con mano de obra inmigrante, ladrillo a ladrillo, y utilizando procesos artesanales sin artesanos... El modelo tecnológico español de edificación causaba perplejidad entre los técnicos de nuestro entorno.

El peso de la construcción alcanzaba (2007) el 17,9% del PIB nacional y ocupaba el 13% del empleo total del país, 2,6 millones de empleos directos en el sector. Construir una vivienda suponía: dos empleos-año, de los que el 80% del tiempo eran horas trabajadas en 'la obra'; tasas de siniestralidad inaceptables (254.746 siniestros, 306 de carácter mortal); volúmenes de desechos y escombros superiores a 20 Tn por vivienda; más de 30 horas de trabajo por metro cuadrado construido, el doble de la media de los países de la Unión Europea...

Y esto, en un sector que por 'méritos' propios, está bajo sospecha a nivel mundial, con datos comprometedores por las emisiones que la vivienda genera a lo largo de su ciclo de vida, también por su abusiva explotación de recursos. El sector construcción consume el 50% de los recursos mundiales y ocasiona aproximadamente la mitad de las emisiones de los gases que provocan el calentamiento global. Es la actividad menos sostenible del planeta. El peso de lo producido, la vivienda, se relaciona directamente con su consumo de transporte y de energía, por ello, la levedad está en alza en detrimento de la ejecución artesanal de viviendas y en favor de sistemas y procedimientos más ligeros por unidad construida.

Mientras que el desarrollo tecnológico de la edificación en España vegetaba en 'la burbuja', países de nuestro entorno, racionalizaban sus procesos avanzando sobre los resultados de proyectos de I+D+i en: componentes industrializados; mejora de prestaciones y servicios de las viviendas; mayor eficiencia energética; adaptación a rigurosas normas medioambientales; viviendas 'cero-emisivas'; calidad del aire interno,...

Han sido, los últimos, dos lustros de éxitos efímeros, durante los que se ha instalado en el sector construcción el fenómeno del 'estrellato' de los arquitectos de prestigio mundial, oriundos y visitantes. En 2006, nueve de las veinte obras que la famosísima arquitecta iraquí Zaha Hadid tenía en construcción por el mundo, se ejecutaban en España. No se escatimaba presupuesto para consentir formas arriesgadas o inmensos balcones de aire desde los que nadie mira el páramo edificado, pero que requieren estructuras costosísimas... Mientras, se negaba financiación a proyectos de investigación aplicada o para la realización de viviendas experimentales. Sin duda, estaríamos en mejor situación al salir de la burbuja, si hubiésemos realizado anualmente ¡una vivienda experimental por cada 1.000 construidas!... En condiciones de afrontar otro modelo de producción del hábitat, para minimizar la accidentabilidad laboral, reducir el tiempo de trabajo a la intemperie, conseguir acabados más durables, emplear materias primas y componentes constructivos menos consumistas, viviendas fácilmente adaptables a la diversidad de usos de su vida útil, soluciones para facilitar la accesibilidad... conoceríamos el grado real de aceptación/rechazo de las viviendas reducidas, también de las más grandes pero menos acabadas, de las crecederas, de las autoconstruidas...

¿Pero dónde están las raíces de tanto despropósito? Tiene que haber una lógica, que a buen seguro no es de índole técnico-constructivo. Las razones germinales parecen agazaparse al final del proceso, en la composición del precio final de venta de nuestras viviendas. En la diferencia real, a la que Machado aludía, para no confundir entre valor y precio. Pensemos, que de cada diez euros pagados por una vivienda 'social' en las periferias de nuestras grandes ciudades, más de tres se destinan a retribuir el 'suelo urbanizado', otros más de tres para 'lo que no es ni suelo ni construcción', y tan sólo, los restantes menos de tres euros para la construcción... No le falta razón a los 'Poceros' en su lógica: ¿Para qué la tecnología? ¿Para que la investigación?... en este negocio no necesitamos de la técnica, siempre y cuando podamos seguir con nuestras 'operaciones de suelo' y construyendo artesanalmente sin artesanos.

Julián Salas
(01.03.2009)